

The rise and fall of Tromfin Lysenko

Autor: Zhores A. Medvedev

Editorial: Columbia University Press, 1969

Formato: libro en tapa dura de 284 páginas

Precio: 77,24 euros

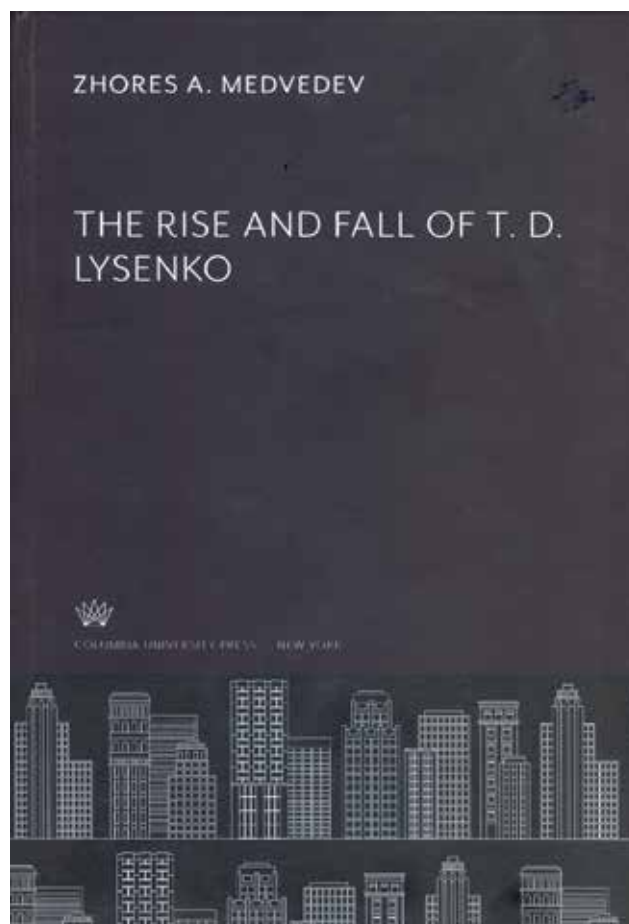
La historia de Tromfin Denisovich Lysenko y su nefanda influencia en el desarrollo de las ciencias agrarias y la biología en la difunta Unión Soviética es bien conocida. Los efectos de su influjo, tanto en los ámbitos científico como tecnológico, han sido puestos constantemente como ejemplo de las consecuencias que puede tener la posición hegemónica de una pseudociencia y de sus practicantes. Sin embargo, a la hora de abordar la explicación de este capítulo, paradigmático dentro de cuantos componen la historia del pensamiento crítico, existe una curiosa tendencia —presente incluso en ciertos sectores del escepticismo— a practicar el reduccionismo y contarlo tomando como pieza central y casi única la relación existente entre el citado Lysenko y Iósif Stalin, a la sazón líder supremo de la URSS durante buena parte de la carrera del primero. El resultado es una conclusión en la que uno y otro son presentados como una pareja de analfabetos funcionales que, en un momento determinado, se encontraron en una posición de poder y desencadenaron una catástrofe en el seno de las ciencias de su país. Una explicación simple o, mejor dicho, simplista, para una historia compleja, como queda patente en este libro.

Su autor, Zhores A. Medvedev, fue un científico ruso que se formó y desarrolló gran parte de su carrera durante los días de la Unión Soviética. Esta obra, concebida como una historia de la genética en la URSS, acabó convertida en un relato del ascenso, auge y caída de Lysenko, como deja patente su título en inglés. El libro, escrito a finales de los años sesenta del siglo pasado —cuando el prestigio y la influencia del «científico descalzo» estaban en franca decadencia—, no superó la censura soviética (lo cual venía a dejar patente que el lysenkoísmo distaba mucho de estar derrotado) por lo que fue publicado en lengua inglesa en los Estados Unidos a partir de original ruso que había llegado a manos de un científico del país enemigo, por canales un tanto sinuosos. Al otro lado del telón de acero se contaba una historia que, sin dejar de lado el relato principal —los resultados negativos de la imposición por parte de Lysenko de unas ideas no validadas por la experiencia científica en la agricultura soviética— se muestra un capítulo de la lucha entre ciencia y pseudociencias, donde los argumentos que se emplearon desde estas últimas fueron de orden político y no científico, pero donde Tromfin Denisovich, sin tener el contacto o la influencia sobre Stalin que él decía tener, distaba mucho de estar solo.

La obra comienza indicando que Lysenko fue, más que un creador de posiciones de corte lamarckis-

ta, un continuador de la obra de Iván Vladimírovich Michurin, un botánico autodidacta cuyas prácticas habían alcanzado gran notoriedad en la época de la Unión Soviética. Sus planteamientos, bien diferentes de los expuestos por Mendel, Morgan o Weismann a la hora de explicar el funcionamiento de la genética, daban preferencia a la influencia del ambiente sobre la herencia y esto, trasladado al ámbito político, podía servir para los fines del recién creado estado. La discusión en torno a la adquisición y transferencia de características en los organismos vivos de una generación a otra adquirió unos indeseados caracteres extracientíficos que, inevitablemente, tuvieron un efecto negativo en la ciencia. Los críticos con las tesis de Michurin y, más tarde, con las de Lysenko, fueron tachados de «mendelistas» o «morganistas» y etiquetados como reaccionarios. La ciencia debía ser soviética y la defensa de las teorías expuestas por científicos occidentales era un signo de traición. Científicos como Nikolái Ivánovich Vavílov pagarían con su carrera y con su vida la labor de defensa de la ciencia frente a unos ataques donde los argumentos distaban mucho de ser científicos.

A la hora de contar la historia, Medvedev deja patente la habilidad política de Lysenko para vender una imagen de obrero investigador —el «científico des-



calzo»— y para convertir en apoyos personales meras cartas genéricas de felicitación. A su vez, menciona un buen número de personas que medraron a la sombra de Tromfin Denisovich y que apoyaron sus tesis, evitando que las voces críticas fueran escuchadas, de palabra o por escrito. La hegemonía del denominado michurinismo-lysenkoísmo es el resultado de una labor conjunta, en la que se combinaron, como suele suceder en estos casos, la creencia genuina y el oportunismo interesado. Solamente cuando, tras la caída de Nikita Jrushchov, la posición política de Lysenko empezó a debilitarse, hubo salida para quienes señalaban que las afirmaciones de este en el ámbito agrario nunca habían sido probadas y para quienes indicaban que la biología soviética se había desenganchado del tren de la ciencia.

La obra concluye recordando que, si hablamos de verdadera ciencia, esta es universal, no existiendo distinciones en este ámbito entre capitalismo y socialismo. Añade que ciertos conceptos de las ciencias sociales no pueden ser trasladados a otros ámbitos del conocimiento y recalca que el debate científico no puede verse contaminado por argumentos de naturaleza ajena a la disciplina en cuestión, como aquellos que se emplearon por parte de los lysekoístas para desacreditar al sector crítico. En ciertos aspectos, la obra resulta hasta cierto punto profética, pues a la hora de recapitular y reflexionar en torno a las razones que produjeron aquel desastre para la ciencia de su país (así como de otros en su órbita) el autor enumera unas razones que bien podrían trasponerse a otros duelos entre ciencia y pseudociencias, como los existentes entre la medicina y las pseudoterapias, mal llamadas alternativas, como la homeopatía (a la que se menciona expresamente en el texto). Es, en definitiva, un recordatorio de la facilidad con que, desde la ciencia, se puede caer en las pseudociencias, a partir de la asunción de un argumentario basado en criterios extracientíficos, intereses espurios o planteamientos personalistas. Por tal razón, y pese a su antigüedad, es una obra de lectura imprescindible como vacuna contra las pseudociencias.

Luis J. Capote

UMMO. Lo increíble es la verdad

Autor: Eduardo Bravo

Editorial: Autsaider División Sesuda, 2019

Formato: Libro en rústica de 224 páginas.

Precio: 16 euros

Si hay un caso particularmente memorable en la historia del pensamiento crítico y del magufismo españoles, este es sin duda el relativo a «Ummo». En un país regido por los designios de un dictador, las presuntas visitas de habitantes de otros planetas constituían una vía de escape y, ¿por qué no?, de distracción (muy probablemente asumida por administrados y administradores).



El autor desgrana los orígenes de un engaño que trascendió sus teóricos límites geográficos —al extenderse más allá de las fronteras españolas— y temporales —al prolongarse durante casi medio siglo—. Nombres bien conocidos del escepticismo y de las pseudociencias se acercaron con curiosidad a esta historia en la que diversas personas y no pocos personajes manifestaron haber recibido contactos —vía carta mecanografiada o llamada a teléfono fijo— de unos turistas venidos del planeta Ummo.

La obra compagina el relato de la historia con diversas entrevistas, en las que una posible percepción de desconexión respecto del hilo del libro se ve rápidamente cambiada, al explicarse en aquellas la relación entre la persona entrevistada y el fenómeno ovni —en general— o la experiencia UMMO —en particular.

El resultado es un libro ameno y divertido en el que queda patente cómo lo que empezó como una broma acabó fuera del control de su inductor. En este punto, el autor dedica especial atención a la figura del promotor principal, José Luis Jordán Peña, cuya ocurrencia le convirtió, quizá sin esperarlo, en el artífice de un fenómeno analizable desde múltiples puntos de vista. Aún hoy hay quienes piensan que los ummitas existen y que llevan mucho tiempo entre nosotros, pese a que, en el final, su perpetrador decidiera desvelar la verdad detrás de esos pretendidos extraterrestres. El uso de la simbología ummita en iniciativas más siniestras, y directamente delictivas, pudo ser la causa de que Jor-